



Alberto Vergara Paniagua
Político

Nuestro liberalismo 2

En el número de noviembre de **PODER** publiqué un corto ensayo titulado “Nuestro liberalismo” (<http://bit.ly/RxxwMX>), en el cual proponía que al liberalismo peruano le urge reincorporar una preocupación por el Estado. Que no basta con tener un mercado libre y competitivo, sino que debemos introducir en la agenda pública un interés por las instituciones estatales liberales donde el ciudadano esté en el centro de sus preocupaciones. Este desinterés respecto de las instituciones políticas del liberalismo —sugerí— proviene, de un lado, de la experiencia nefasta del Estado populista previo a 1990 y, del otro, de una cerrazón ideológica propia de los años noventa. Apunté que de una sociedad pudiente a una sociedad sana se viaja en el tren de las instituciones y que, por tanto, los liberales concentrados en el mercado debían también interesarse por ellas. Y recordaba que la preocupación por unas instituciones democráticas, liberales, está emparentada con la tradición reformista que el Perú poseyó durante todo el siglo XX, una suerte de liberalismo intuitivo, anónimo y por abajo, que desconfiaba por igual del socialismo violentista y de los golpes de Estado celebrados por la derecha. Esa tradición reformista, concluí, podía ser una suerte de puente histórico para que nuestros liberales contemporáneos, anclados al mundo de la economía, le perdiesen miedo al Estado.

El artículo dio inicio a una polémica rica e interesante. Aquí quiero responder a las objeciones planteadas a mi propuesta. No voy a comentar a quienes, en términos generales, se han sumado al debate en una línea similar a la mía (pienso en los textos

de Gonzalo Gamio, Eduardo Dargent y Hugo Neira), sino en tres artículos que discrepan, por razones distintas, con aquello que propuse. Me refiero a las reacciones de Gonzalo Zegarra en la revista *Semana Económica*, a los comentarios de Nelson Manrique en *La República* y, finalmente, al artículo de Jaime de Althaus en *El Comercio*. Al responder no me anima la inquisición ideológica (resaltar impurezas liberales), sino continuar una discusión en la que, al margen de las etiquetas, pensemos las relaciones y límites entre Estado, mercado y ciudadanos en el Perú, e imaginemos —si es que es eso posible—, unas nuevas y mejores.

.....

Es un **liberalismo** demasiado **confiado** en la **teoría** y en **ciertos filósofos**.

.....

EL LIBERALISMO DEDUCTIVO Y RESTRINGIDO

Hace dos meses cerré el diagnóstico sobre nuestro liberalismo con varios ejemplos de distinta naturaleza en los cuales —considero yo— un Estado liberal y democrático debería inmiscuirse y no mantenerse al margen. Ninguno aludía a un papel económico-empresarial del Estado, sino a dimensiones políticas de un Estado liberal. Entre estos ejemplos utilicé uno proveniente de una columna reciente de Gonzalo Zegarra en la cual el director de *Semana Económica* se oponía a que el Estado actúe para impedir las discriminaciones que ocurren en los

clubes privados peruanos. Utilicé tal postura como un ejemplo de nuestros liberales tímidos ante cualquier acción estatal, incluso de las que no tienen vinculación directa con el libre mercado.

En un artículo bastante filosófico y abstracto, Zegarra (<http://bit.ly/13fkBSH>) respondió a mi texto y defendió, en primer lugar, su condición personal de liberal (que, debo mencionarlo, jamás puse en tela de juicio) y, en segundo lugar, se reafirmó en que el Estado no debe entrometerse en las asociaciones privadas donde se comete la discriminación (una suerte de *laissez-faire* más político que económico). Debo confesar que, lejos de diluir mis intuiciones respecto de

un liberalismo atemorizado del Estado, el artículo de Zegarra me reafirmó en la idea: “El estatismo, cualquiera sea su intensidad, asume que todos los individuos, o la mayoría de ellos, son estúpidos o malvados. [...] Un liberal no debe olvidar jamás que toda intervención legal es, en última instancia, un recurso al uso de la fuerza”. Y hablamos de que no se discrimine a los ciudadanos.

Creo que la diferencia sustancial entre lo que Zegarra y yo consideramos que un Estado liberal debe realizar ha quedado clara en nuestros respectivos artículos, y no pienso que haya que abundar en ello. Sin embargo, creo pertinente hacer un par

de comentarios a este tipo de liberalismo minimalista que comparten varios liberales peruanos y que va más allá de mi amigo Gonzalo Zegarra. En primer lugar, es un liberalismo demasiado confiado en la teoría y en ciertos filósofos (para demostrarlo, ahí están las alusiones de Zegarra a Locke, Kant, Aristóteles, Tomás de Aquino y Descartes). El mundo medido y observado desde premisas ideológicas bastante rígidas. Hace falta más historia en el razonamiento de ciertos liberales. Es decir, para poner un ejemplo sobre dos países en los que he vivido, ¿por qué el Estado canadiense es bastante más intrusivo que el estadounidense, a pesar de la similitud de ambas sociedades? No es, definitivamente, porque en uno de ellos se leyó más a John Locke que en el otro; se debe, en realidad, al mundo de la política. En Canadá, durante el siglo XX, el hegemónico partido liberal (muchas veces en alianza con los socialdemócratas) construyó un Estado más presente que el estadounidense. Y más importante que preguntarse de qué lado de la frontera encontramos al país más liberal, lo relevante es preguntarse por aquel donde los individuos viven mejor. Creo, en definitiva, que tenemos un tipo de liberalismo, sobre todo en los medios limeños, más preocupado por Robert Nozick que por el país donde deben ponerse en práctica las políticas públicas (el Perú).

En segundo lugar, el peso de la ideología se entrevera con el miedo al Estado. Puesto que la premisa teórica que comparten es que toda acción del Estado es, por definición, un recorte a nuestra esfera individual de libertad, no se suele distinguir entre un Estado más o menos democrático —o más o menos despótico—, pues todos cercenan nuestras libertades. Al oír a nuestros liberales uno estaría tentado a creer que un peruano disfruta de más libertad que un sueco, pues nuestro Estado es menos metiche que aquel nórdico. Ni bien se menciona al Estado y sus instituciones, aparece, fantasmagórico, el “estatismo” (Paul Laurent, un afiebrado liberal, comentó mi artículo en las páginas del diario *Correo* y lo vinculó a los peligros del totalitarismo fascista, bolchevique,



ILUSTRACIÓN: LUCHO CHUMTAZI

nazi, y hasta me increpó, si le entendí bien, ¡desear veladamente la tiranía de un emperador chino!). Nuestros liberales están tan a la derecha que en Estados Unidos compartirían junto a Ron Paul el ala marginal y derechista del mismísimo partido republicano. Pero entre nosotros son *mainstream*.

Finalmente, este liberalismo destila cierto envanecido purismo, solo ellos son liberales. Han encontrado una ideología sustentada en “la naturaleza de la especie” o se jactan de poseer “el auténtico esquema liberal”. Y pensar que antes de que se hubiera traducido a Hayek, entre nosotros Raúl Porras Barrenechea

había defendido el credo liberal por ser, antes que nada, “la tolerancia de espíritu de los que penden el porvenir de la democracia y de la cultura”.

UNA REACCIÓN DESDE LA IZQUIERDA (YUNARESPUESTA)

Las intervenciones de Nelson Manrique en *La República* le han dado color al debate, pues no están escritas desde la orilla liberal (también la nota de Alexandro Saco en *La Mula*). En un primer texto (<http://bit.ly/TUMdqR>), Manrique comentó las discriminaciones en los clubes privados, criticó la postura de Gonzalo Zegarra y cerró la nota diciendo que, en realidad, liberalismo económico y liberalismo político no son una unidad, y debemos aceptar que hay casos donde lo primero existe sin lo segundo. Hasta aquí estoy de acuerdo, pues no se trata de un postulado teórico sino empírico. Efectivamente, hay casos de liberalización de mercados sin liberalización política (Fujimori, Pinochet, varios países asiáticos, etc.). Pero en su segundo artículo (<http://bit.ly/Xe4nsd>), Manrique agarró viada y pasó a sugerir que, intrínsecamente, la libertad económica está reñida con el régimen democrático, que a los partidarios del liberalismo económico les estorba la democracia, concluyendo de manera general que “el libre mercado se ha impuesto en el mundo a través del autoritarismo y no extendiendo la democracia”.

Lo que comenzó como una crítica a ciertos librecambistas sin consideraciones por el liberalismo político, devino en una crítica general al liberalismo. No es en absoluto cierto que el liberalismo económico se haya desarrollado solamente a punta de autoritarismo en el mundo, ni que lo segundo sea un requisito de lo primero. No se llevaron a cabo golpes de Estado durante los ochenta en Europa para abrir los cerrados mercados, ni fueron Menem, Paz Estenssoro o Cardoso presidentes que liberalizaron sus economías con tanques y represión. Más bien, las economías cerradas que prevalecían en América Latina antes de las reformas neoliberales tendían a ser funcionales a Estados autoritarios. El populismo latinoamericano y sus líderes

plebiscitarios o dictatoriales sacaron siempre ventaja política al encaramarse en Estados enormes, siendo el último ejemplo, Hugo Chávez. No debe usarse el argumento del autoritarismo para deslegitimar un tipo de política económica (por lo demás, exitosa en muchos casos).

“SIEMPRE NOS HA INTERESADO EL ESTADO”

Jaime de Althaus (<http://bit.ly/UzoDyI>) desarrolló la respuesta más interesante a mi ensayo. Yendo directamente al centro de la cuestión, sin escalas filosóficas, se limitó a decir que mi diagnóstico era errado: “No conozco liberal que no haya estado preocupado por la calidad del Estado peruano”. Según De Althaus, ya desde el Movimiento Libertad los liberales peruanos buscaban un Estado “pequeño, pero fuerte”; durante los noventa ellos empujaron las islas de excelencia en el Estado y se fortalecieron los ministerios vinculados a la actividad económica, así como las instituciones del neoclientelismo fujimorista y se construyeron colegios por todo el país. De los 2000 en adelante —prosigue De Althaus—, el campo liberal ha continuado siendo el abanderado de las reformas estatales (el establecimiento de presupuestos por resultados, la creación del MIDIS, la nueva ley de servicio civil, etc.). En resumen, los liberales siempre se preocuparon por el Estado y mi descripción es, en el mejor de los casos, marginal y solo aplicable a unos escasos liberales a la defensiva.

Jaime de Althaus tiene razón en señalar que mi diagnóstico deja de lado que, en efecto, hay liberales que siguen empujando las reformas estatales, poseedores de una genuina preocupación por el Estado y que, además, en el último par de años esta preocupación ha ganado mayor importancia. Aunque mencioné estos cambios a la volada, tal vez debí darle más espacio a los matices, pues hay que aceptar que nadie es proinstitucionalidad o promercado de manera monocorde. Sin embargo, creo que es un asunto de matices y no de balance general. Que yo recuerde, en el Movimiento Libertad no había ningún interés por el Estado que no fuera desmontarlo. Más bien, me

viene a la memoria el célebre *spot* en el cual un mono defecador era la imagen de la burocracia. La idea de un Estado “pequeño, pero fuerte” forma parte mucho más de la cultura política *fukuyamiana* y del Banco Mundial de los años 2000 que de los liberales peruanos de los años ochenta. No recuerdo, honestamente, una preocupación por el Estado *weberiano* y democrático. Otro indicio es que varios de quienes militaron en Libertad se sumaron sin problemas al gobierno autoritario de Alberto Fujimori (y no así los acciopopulistas que también formaron parte del Fredemo).

Y en la primera década de este siglo, los liberales estuvieron largamente más seducidos por el crecimiento económico que por una institucionalidad liberal. El aplaudido “Perú avanza” y el embobamiento con García “el bueno”

dano (y no el mercado, la nación o una clientela particular) esté en el centro de la preocupación. Como varios analistas han señalado, el fujimorismo es la única derecha en el Perú interesada en el Estado. Y el fujimorismo no es ni ha sido jamás una fuerza vinculada al liberalismo. Su mirada al Estado es clientelar, vertical y fundada en el líder providencial.

Un comentario final. En el último mes, el gobierno ha emitido una serie de decretos legislativos de claro tinte antiliberal. Con poquísimas excepciones, nuestro *establishment* liberal ha preferido festejar el 6% de crecimiento económico del 2012 que criticar la nueva normativa según la cual las instituciones civiles pierden control sobre las Fuerzas Armadas (ver la nota de Jacqueline Fowks en *El País* de España). Esta normativa amplía el secretismo en el ámbito militar, extiende

.....

Sería bueno que les interesase tanto un Estado liberal como una economía liberal.

.....

(así lo mimaba cotidianamente en su columna uno de nuestros conspicuos liberales) solo se sostenían en la cuestión económica y no en la preocupación por un Estado de derecho democrático. ¿Por qué el *establishment* liberal miraba hacia otro lado frente a la inminente liberación del Grupo Colina por parte de García? Así como la izquierda peruana es proclive a inventarse un pasado tolerante y social-demócrata donde no lo hubo, nuestra derecha liberal podría caer en una conducta similar asumiendo que siempre prevaleció en ellos un interés por las instituciones liberales y democráticas.

Lo anterior me lleva de vuelta a la cuestión central de mi argumentación: la preocupación es mucho menos por la construcción del Estado *tout court* que por la construcción de un Estado democrático y liberal donde el ciuda-

das compras militares de carácter secreto (¡ahora hasta las medicinas se pueden comprar secretamente!), la Marina vuelve a otorgar licencias para la actividad comercial de implicancias acuáticas (no tenía estas facultades desde los ochenta), se ensanchan y fortalecen las funciones de la Dirección Nacional de Inteligencia y se estrecha sus lazos con el despacho presidencial (ver nota de Ángel Páez en *La República*), entre otras medidas. ¿Dónde están los liberales interesados por las instituciones jorobando por esta deriva incivil? Mucho me temo que buena parte de nuestro liberalismo puede convivir con ello (y más) mientras no se toque el modelo económico. En fin, dos meses después, déjenme reafirmarme en que sería bueno que a los liberales peruanos les interesase tanto un Estado liberal como una economía liberal. **P**